

Aspectos prácticos de la metodología Doman

Los Institutos para el Logro del Potencial Humano son una organización internacional de investigación y enseñanza, cuyo objetivo es el mejoramiento de todos los niños – sanos o con lesión cerebral– a través de sus padres. Fueron fundados en Philadelphia, PA, USA, por Glenn Doman, en 1955. El personal clínico de los Institutos realiza investigaciones de manera continua para encontrar las mejores maneras de lograr este objetivo, y después instruye a centenares de padres de todo el mundo para que ellos los apliquen en casa con sus propios hijos.

Algunos puntos fundamentales de la filosofía DOMAN son, entre otros, que todos los niños tienen una capacidad infinita para aprender, y que es mucho más fácil hacerlo entre los 0 y los 6 años, que los padres son los mejores maestros y que cada niño tiene, al momento de nacer, un potencial de inteligencia mayor que el que Leonardo Da Vinci jamás usó. Todos los bebés pueden y quieren aprender a leer, a tocar un instrumento musical, a hablar diferentes idiomas, a nadar, a hacer matemáticas avanzadas y a conocer acerca de las grandes maravillas del mundo, desde sus primeros años de vida. (Doman, 2005)

La ponencia pretende dar a conocer, de manera general, los fundamentos teóricos que sustentan la propuesta DOMAN, su aplicación práctica en casa por los padres – cómo fue concebido el programa– y también explorar las posibilidades para ser trabajada en el salón de clases: los retos, los resultados, las evidencias, sus alcances y sus limitaciones. Comentaremos, en primera instancia, quiénes somos y qué hacemos en Los Institutos, para después presentar algunos de nuestros programas de desarrollo temprano, en especial lectura y conocimientos enciclopédicos. Tras analizar los programas en el contexto familiar y escolar, hablaremos también acerca de aquellos niños que son detectados en las escuelas y que tienen algún tipo de problema de aprendizaje o de desarrollo, el cual es lo suficientemente leve como para permitirle estar en un salón de clases de una escuela regular e integrarse relativamente bien en el grupo, pero lo suficientemente severo como para impedirle avanzar al mismo paso de sus compañeros, y cuál es nuestra sugerencia para estos casos.

En 1955, Glenn Doman fundó el Centro de Rehabilitación de Philadelphia, que hoy se conoce como Los Institutos para el Logro del Potencial Humano. Hoy existen campus de Los Institutos en Japón y en Italia, y oficinas representativas en México, España, Francia, así como una institución hermana en Brasil. Como hemos dicho, buscamos lograr mejores niños, sanos o con lesión cerebral, en comparación consigo mismos, a través de los padres. Esa es nuestro granito de arena para cambiar al mundo: por medio de mejores seres humanos.

Incorrectamente, también somos conocidos como el «método Doman» o el «Método Filadelfia». Como se ha mencionado, nuestras funciones son de investigación y enseñanza. Conducimos investigaciones alrededor del mundo para descubrir cómo lograr nuestra meta de crear mejores seres humanos en lo intelectual físico y social, y entonces enseñamos nuestros descubrimientos a padres de todo el orbe. Glenn Doman, así como otros miembros del equipo clínico, ha escrito y publicado varios libros sobre el desarrollo del cerebro infantil: *Cómo enseñar a leer a su bebé*, *Cómo enseñar matemáticas a su bebé*, *Cómo multiplicar la inteligencia de su bebé*, entre otros. *How*

smart is your baby y *How to teach your baby to swim*, publicados en 2006, son los más recientes trabajos de Los Institutos, aunque aún no han sido publicados en español.

Janet Doman es la directora de Los Institutos desde 1980. Ha sido parte del trabajo de Los Institutos durante toda su vida. Es autora del libro *How smart is your baby* y coautora, con Glenn Doman, de *Cómo enseñar a leer a su bebé* y *Cómo dar conocimientos enciclopédicos a su bebé*.

Douglas Doman es el vicedirector de Los Institutos y presidente de Los Institutos en Italia. Además, él supervisa las operaciones de la Oficina Latinoamérica. Es coautor del libro *Cómo hacer a su bebé físicamente excelente* y autor del último libro de Los Institutos, *How to teach your baby to swim*.

Leland Green es el director médico. Llegó a Los Institutos primero como padre de un niño con lesión cerebral. Realizó los programas y su hijo mejoró notablemente.

Durante cincuenta años, el mundo ha sido nuestro laboratorio. Hemos visto a niños virtualmente de cada parte del planeta. Nuestro trabajo refleja la experiencia con más de 30 000 familias en el último medio siglo.

En estos días, la noción de que los niños tienen un gran potencial de aprendizaje y que es vital desarrollarlo en los primeros años, no es tan desconocida como lo era hace cincuenta años, cuando Glenn Doman propuso que no solo era posible, sino deseable, enseñar a los bebés y niños pequeños a leer, hacer matemáticas, tocar el violín y a hablar varios idiomas. Miles de madres han enseñado a sus pequeños a leer usando nuestro programa, y han disfrutado enormemente de la experiencia. Yo soy una de esas madres.

Cuando mi hijo mayor, Leonardo, tenía alrededor de un año y medio de edad, me encontré con el libro *Cómo enseñar a leer a su bebé*. Comencé a hacer un programa en cuanto terminé de leerlo. Los resultados fueron tan buenos que, llena de entusiasmo, leí todos los demás libros de Doman que pude encontrar e incluso viajé a Philadelphia para asistir al curso *Cómo multiplicar la inteligencia de su bebé*, en Junio de 1994, y regresé al año siguiente para el curso avanzado. En aquel tiempo, la única forma de tomar el curso era viajando a Philadelphia. Hoy, nosotros presentamos el mismo curso dos veces al año en Ciudad de México y en otros países de habla hispana, como Puerto Rico y España.

Después, cuando nacieron mis hijos Ana Elisa, y más tarde Santiago, no solo me había probado que el programa era efectivo, sino que tenía ya una enorme provisión de materiales y de entusiasmo para empezar con ellos desde que eran recién nacidos. Más tarde, aún ávida de seguir aprendiendo acerca de los programas, comencé a hacer labores de voluntaria y finalmente me convertí en la presidenta para la oficina Hispanoamérica en 2001.

Ahora, es posible que muchos pudieran preguntarse: «¿Para qué enseñar a leer a un bebé?». La primera razón es: porque enseñar a leer a un bebé promueve su crecimiento y desarrollo cerebral. Hace crecer al cerebro porque leer es una función cerebral. La cuestión es que tendemos a considerar que la lectura es más bien una materia escolar. Como a los niños generalmente se les enseña a leer en la escuela, entonces, se asume

que enseñar a leer es algo así como otra materia del plan de estudios. Pero, como discutiremos más adelante, aprender a leer se parece en mucho a aprender a hablar. Y sería ilógico pensar que los bebés deberían esperar hasta el

primer grado para aprender a hablar. En segundo lugar, al enseñar a leer a nuestros niños cuando son pequeños, nos aseguramos de que en realidad aprendan a leer, porque es más fácil para él aprender cuando es muy joven que cuando tiene 6 años. Por cierto, cuando decimos bebé, nos referimos al niño entre los 0 y 6 años. Mientras más joven, mejor. Es más fácil enseñar a un niño de 5 que de 6. Más fácil a uno de 4 que a uno de 5. Lo más fácil, a un bebé de menos de un año. Así es que queremos asegurarnos de que en realidad aprende a leer, porque, y esta es la tercera razón, la lectura es sumamente importante. Es la base del conocimiento. Hoy hablamos de aprender a leer, más tarde será leer para aprender. Si un niño puede leer bien, tendrá la llave a toda la sabiduría y belleza que ha sido recogida en los libros. Su éxito escolar estará prácticamente asegurado. Ahora, podría decirse que con tal que aprenda a leer, no importa tanto cuándo lo haga. ¿Cuál es la diferencia si aprende antes o después del primer grado? Bien, es seguro que ustedes saben que demasiados alumnos de preparatoria no pueden leer. Podrá ser que descifren las palabras escritas, pero no les preguntes al final qué fue lo que leyeron. Mucho de este problema tiene que ver en el *cuándo* y *cómo* aprendieron esos chicos a leer. Es más fácil, y mucho más eficiente, enseñar a un niño mientras es muy joven.

Y no solo es fácil, sino que es una experiencia gozosa tanto para el bebé como para la madre. Además, los bebés quieren aprender a leer. Por supuesto, ellos no saben que quieren aprender hasta que no les enseñamos y les damos la opción, pero una vez que lo hacemos, ellos están deseosos de aprender. ¿Se han dado cuenta de esa urgencia que tienen los pequeños por crecer? Todo quieren hacerlo ahora, ahora, ahora. «Yo puedo, yo quiero, ya soy grande», nos dicen. Es como un imperativo genético que les apremia: crece, crece, crece, Es peligroso ser joven e inexperto. (Doman.)

Aprender a leer, esto es, aprender a entender el lenguaje escrito, es como aprender a escuchar, a entender el lenguaje oral. Es exactamente igual. Aprendemos a escuchar a través de los oídos, y aprendemos a leer a través de nuestros ojos. Los bebés aprenden a escuchar cuando tienen menos de un año, en casa, pero, tradicionalmente, aprendemos a leer cuando tenemos 6 años, en la escuela. ¿Por qué hacemos esto? No hay nada de especial en los oídos, comparativamente hablando, con los ojos. Aprendemos a escuchar naturalmente porque estamos rodeados de voces todo el día, todos los días. Además, cuando les hablamos a los bebés, instintivamente lo hacemos levantando el volumen de la voz, con mucho colorido en la entonación. Esto es bueno para el canal auditivo inmaduro del bebé. Si por alguna razón, todos los adultos se hablaran entre ellos –y a los niños– en susurros, sería seguro decir que los bebés aprenderían a escuchar y hablar a una edad mucho mayor, posiblemente a los 6 años. Bien, eso es exactamente lo que pasa con la lectura.

El problema con la lectura es que hemos hecho la letra impresa demasiado pequeña. Demasiado pequeña para el canal visual inmaduro de los bebés. Eso es el equivalente a susurrar. Ahora, ¿podría preguntarles cuáles son las primeras palabras que un niño aprende a leer? No en la escuela. ¿Alguna idea? Coca Cola. Mc Donald's. Es cierto. Esas son las únicas palabras que ha visto lo suficientemente grandes, claras y repetidas.

Sería bueno que fuéramos nosotros, y no los grandes emporios comerciales, quienes decidiéramos cuáles serían las primeras palabras que nuestro bebé aprendería a leer.

Ahora, por supuesto que no le enseñamos a leer a un bebé tomando un libro de texto y enseñándole las vocales. No, no, no. Un niño no sabe y no le importa qué es una A. Pero sabe muy bien lo que es una *mamá* o una *manzana*. Es igual que cuando

aprenden a escuchar y a hablar. Les damos las palabras completas, desde el principio. Imaginen si, antes de enseñar a un niño a escuchar o a hablar, le pusiéramos como requisito que pudiera pronunciar a la perfección cada una de las vocales y consonantes, y entonces, solamente entonces, le enseñáramos cómo formar palabras. Sería una locura. Pero eso es exactamente lo que se hace cuando se enseña a leer a los niños.

Nosotros no les damos a los niños un montón de letras y símbolos y las reglas para combinarlos. No les damos las leyes: les damos los hechos, para que ellos puedan deducir las leyes. (Doman.) Y eso es lo que pasa también cuando aprendemos a hablar. Es muy común, por ejemplo que un niño pequeño diga que «*no se ha comido la sopa, que no ha querido la carne, que no ha sentido frío y por eso no se ha ponido el suéter*». Cuando el niño dice “ponido”, sonreímos y pensamos para nosotros: pobrecito, tienes tantas cosas que aprender. Pero en vez de ello, deberíamos pensar: «Vaya, sí que eres brillante». El niño acaba de deducir una regla general que en este caso aplica para todos los verbos regulares. Sí, la ha aplicado incorrectamente a un verbo irregular, pero el procedimiento, el pensamiento, fue el adecuado. Él no tiene manera de saber que las reglas se aplican solo a cierto grupo de palabras, o verbos. Solo la experiencia de escucharlas una y otra vez le darán ese conocimiento.

En los Institutos, hacemos lo mismo con la lectura: le enseñamos a los niños un montón de palabras, y más tarde pares, frases, oraciones y libros, y él comienza a deducir por sí solo las reglas que aplican entre ellos. Le presentamos las palabras escritas de manera repetida, grandes porque queremos que sea fácil para él poderlas ver, y en rojo porque este es un color interesante y llamativo para los niños. Conforme madura su canal visual, podemos comenzar a reducir el tamaño de las letras. Usamos un procedimiento similar para enseñarles matemáticas, conocimientos enciclopédicos, idiomas extranjeros y música. No es el objeto ahora el cubrir aquí todos esos programas, pero quienes estén interesados, podrán tener acceso a ellos a través de nuestros libros. Y por supuesto, no podemos abarcar tampoco todo lo que se podría decir sobre el desarrollo del cerebro infantil. Pero podemos darles algunas de las premisas más importantes sobre nuestro trabajo.

Los bebés pueden aprender cualquier cosa que les enseñemos de manera honesta y factual. (Doman.)

Todos los bebés tienen un potencial de inteligencia que es mayor que la que Leonardo Da Vinci jamás usó. (Doman.)

Las Madres son las mejores maestras. (Doman, 1984, 1994, 2001, 2003, 2004, 2006.)

Bien, hasta ahora, hemos presentado una vista rápida de los programas en casa. En el pasado, se nos ha preguntado mucho acerca de la posibilidad de aplicar nuestros

programas en las escuelas. Por muchos años, hemos sido muy conservadores a este respecto. Conservadores, que no es lo mismo que egoístas. Veamos por qué.

Como hemos dicho, las madres son las mejores maestras. Nuestro programa está diseñado alrededor de esta premisa. Todos nuestros programas han sido creados y diseñados para que las madres –o los padres– puedan llevarlos a cabo en casa, con

sus propios hijos. Es así como funcionan. En la casa, la madre puede ajustar el programa para su hijo, minuto a minuto. Lo conoce bien, sabe cuándo son sus mejores momentos y cómo aprovecharlos. No intentará forzar el programa en un niño cuando está hambriento o enfermo o cansado, o simplemente no está de humor. Si algunos de los materiales no resultan de interés para el niño, mamá los retirará y los guardará para otro tiempo. Si el niño se enferma, ella puede detener el programa y reanudarlo después, cuando ya se sienta mejor. Ahora, ¿cómo funcionaría un programa en la escuela? En primer lugar, la maestra no tiene solo un niño por atender, ni dos ni tres. En el mejor de los casos, tiene veinte, y algunas veces incluso el doble de ese número. Aunque es una buena maestra y se preocupa por todos sus estudiantes, es imposible para ella conocerlos y amarlos a cada uno de ellos como su madre lo haría. Tampoco es posible mantener la atención de todos los niños al mismo tiempo, ni siquiera por dos segundos. En la escuela, no tenemos la opción de enseñar a cada niño por separado, así es que el programa se vuelve sistemático. Esto es muy bueno para la organización general de la maestra, pero no es lo mejor para los niños. Nosotros recomendamos a las madres no caer en la rutina, pero para las maestras la rutina es la única vía de supervivencia. Cuando el programa es sistemáticamente presentado a un grupo, muchos de los beneficios del programa en casa se pierden. Si el niño no fue a la escuela un día en particular porque estaba enfermo, el programa no lo esperará. Tampoco es posible presentar materiales que sean del mejor interés para todos los niños, así es que construimos un programa que pensamos que les atraerá a la mayoría, y si a alguien no le gustó, qué pena, mejor suerte para la próxima.

Otra diferencia importante entre el programa en casa y el programa en la escuela es la motivación de la persona que lo aplica. Nuestras madres lo hacen porque están convencidas de que es el mejor regalo que pueden darle a su hijo. Cada una de ellas ha leído por lo menos uno de nuestros libros, y muchas incluso han asistido a nuestros cursos. En los cursos, dedicamos un largo porcentaje del tiempo enseñando a las madres por qué es importante que hagan un programa. Por supuesto, también le enseñamos de hecho cómo hacerlo, pero el porqué viene primero. Si una madre entiende por qué está haciendo lo que hace, ella podrá llevar a cabo el programa por más tiempo y con mayor satisfacción. Es incluso muy probable que, conociendo los *porqués*, ella invente sus propios *cómos*, y eso está bien. Pero, si una madre no entiende el porqué, la expectativa de vida de su programa no es muy larga.

Hay probablemente dos razones por las que principalmente una maestra llevará un programa en su aula. Una de ellas es porque quiere hacerlo –si la escuela se lo permite–. Quizás ella misma es una mamá que ha aplicado el programa con sus hijos,

o quizás ha leído alguno de nuestros libros. Ella sabe que el programa es efectivo y quiere lograr grandes cosas con sus estudiantes. Este es el mejor de los casos, pero no es el más común. La situación que se da con más frecuencia es cuando una maestra hace el programa porque alguien más le dice que debe hacerlo. En la escuela le piden que «les

enseñe estas tarjetas a los niños», y luego la abandonan. La maestra no sabe por qué está haciendo lo que hace, solo sabe que ahora tiene más trabajo porque además tiene que preparar esas tarjetas. Si tomamos todo esto en cuenta, el programa en casa tiene muchas ventajas sobre el programa en la escuela. De hecho, cuando todos los negativos suceden juntos en la escuela –esto es, una maestra desmotivada, un grupo numeroso–, el programa no funciona. Y cuando el programa no funciona, es muy fácil decir que el programa no es efectivo, y que las cosas que proponemos acerca del cerebro no son ciertas. Pero lo que en realidad sucedió es que el programa fue muy mal aplicado y eso, no el programa en sí, es la razón de la falta de resultados. Cuando esto sucede, en Los Institutos resultamos muy perjudicados. Hay maneras de llevar a cabo un programa en la escuela, como veremos más adelante. Pero nunca serán, jamás, tan efectivas como el programa en casa.

Ahora, ¿quiere esto decir que el programa en casa no tiene desventajas? Si damos por hecho que es realizado por una madre informada que es consistente y creativa, no, no tiene desventajas. Sin embargo, aunque nuestros programas son para todos los niños, no necesariamente son para todas las familias. Hay algunas personas que creen que de alguna manera presionamos a los niños. O madres que nos aman, pero para quienes quedarse en casa a hacer un programa no es una opción. Además, en este tiempo, con la nueva obligatoriedad del preescolar, cada vez será menos común que los niños se queden en casa en estos primeros años. En Estados Unidos, el fenómeno de la «Escuela en casa» está incrementándose, porque los padres quieren mejores resultados y toman la responsabilidad de educar a sus hijos. Pero esa no es una realidad para México, o para la mayoría de nuestros países latinos. Cuando mis hijos eran pequeños, yo decidí que el privilegio de enseñarles a leer –entre otras muchas cosas–, sería mío. Mis hijos mayores entraron al sistema educativo nacional hasta segundo o tercero de Primaria. Antes de ese tiempo, yo les enseñaba. Pero, como quería que las cosas estuvieran «en orden», un día me presenté en el Instituto de Educación y les dije que yo era la maestra de mis hijos y quería saber si había alguna manera de certificar lo que estaban aprendiendo, para obtener los papeles oficiales para cada grado. ¿Quizás algún tipo de examen? La mujer que me atendió abrió mucho los ojos. ¿Qué calidad de madre loca era yo, para negarles a mis hijos el derecho constitucional de ir a la escuela? Corrí lo más rápido hacia la salida más cercana, antes de que pudieran acusarme por abuso infantil. Más tarde supe que la única manera de «certificar» la Primaria, cuando no se ha cursado de manera tradicional, es a través del Instituto para la educación de los adultos, cuando los niños tuvieran quince años.

Muchas madres tienen cada vez menos tiempo para dedicar a sus hijos. Sería maravilloso si las madres eligieran quedarse en casa a hacer un programa de desarrollo temprano con sus niños. Nuestras madres –madres profesionales– entienden que el ser mamá es una de las cosas más importantes que harán en sus vidas, y que cuentan solo con un puñado de años para sacarle el mayor provecho a la maternidad. Sería grandioso si pudiéramos motivar a todas las madres a quedarse con sus niños. Pero es una realidad que muchas familias no consideran que esto sea una opción. Y por supuesto, todas ellas son madres amorosas. No es una decisión que nosotros podamos tomar.

Otra cosa de la que me he percatado –y estoy segura de que esto sucede en la mayoría de las escuelas– es que existe algo así como un sentido de rivalidad entre las madres y los maestros. En innumerables ocasiones he escuchado a mis compañeras maestras decir: «Juanito es adorable. Lástima que tenga una mamá como esa». O comentarios

como: «He estado teniendo problemas con Gaby, pero su mama es el problema mayor». O incluso: «La mama de Mary está en las nubes. Se cree que su hija es un ángel». Pues bien, el clima que se genera con todo esto es una idea injusta, un prejuicio, que dice que las madres no son objetivas, que no se comprometen con sus hijos o por el contrario están demasiado comprometidas con ellos. Muchas veces percibimos a las madres como un obstáculo más que como ayuda. Conozco maestras que dicen que la mejor parte de su trabajo son los niños, y la peor, las mamás. Un amigo mío, que es director de una escuela privada en mi zona, incluso dice bromeando, que a él le gustaría tener solo alumnos «ricos y huérfanos».

Como maestros, y por el beneficio de nuestros alumnos, necesitamos encontrar la manera de establecer alianzas con las madres –y los padres–. Que nuestro trabajo como educadores sea «con» ellos, y no «a pesar» de ellos. Muchos maestros podrán argumentar que los padres –la mayoría de ellos– no son profesionales de la educación, como nosotros. Pero ese falso sentido de superioridad no nos traerá ningún bien. De

hecho, podemos decir que las madres sí son profesionales: son especialistas en sus propios hijos. Nadie los conoce como ellas. Si encontramos la manera de unir estos dos profesionalismos –esto es, nuestra formación como docentes y el profundo amor y conocimiento de las madres por sus hijos–, solo podremos obtener resultados positivos para nuestros niños. Seguro que han escuchado la frase: «El cliente siempre tiene la razón». Bueno, quizá no les guste lo que voy a decir, pero, cuando se trata de sus hijos, la madre siempre tiene la razón. Siempre. Así es que, escuchemos a las madres. Sí, sabemos que hay algunas madres locas allá afuera. Pero son en verdad la excepción, no la regla. A veces pensamos que es al revés, pero no es así. Así es que, de nuevo, escuchemos a las madres. Escuchemos en verdad.

También necesitamos creer en los niños. Esto parece ser algo obvio. Claro que ustedes creen en los niños, ustedes son maestros. Pero permítanme mostrarles cómo algunas veces pensamos que creemos en ellos, pero no es así.

Cuando comencé, por primera vez, a aplicar los programas Doman en mi salón de clases, algunas veces me preguntaba si en verdad los niños estaban captando lo que les enseñaba. Aún cuando yo ya había aplicado los programas en casa, con mis hijos, y había probado su efectividad. Es como si necesitara algún tipo de validación, de justificación para todo el esfuerzo y tiempo que estaba dedicando al programa. Así es que algunas veces la tentación para probar a los niños era muy fuerte. Ya saben, nosotros los maestros somos muy propensos a probar, a examinar a nuestros alumnos. Nos encanta. Pero a los niños no les gusta en lo absoluto ser probados. Y, por cierto, a ustedes tampoco. Hoy es el último día de este congreso. Si en este momento alguien entrara a este auditorio y les informara que para poder recibir su constancia tendrían que contestar un pequeño examen acerca de las conferencias que aquí fueron presentadas, estoy segura de que ninguno aquí estaría muy contento. Incluso si nos dijeran: «No se preocupen, no los vamos a calificar». No nos gusta la posibilidad de sentirnos expuestos. Nos gusta hacernos retos, intentar solucionar problemas estimulantes, pero de preferencia en privado. Lo que queremos proponer es que les presenten a los niños oportunidades para resolver problemas. Oportunidades que ellos podrán tomar o no. Ya ustedes les han dado los hechos. Ahora, es necesario que les demos maneras en que puedan recuperar esos hechos ya hacer algo con ellos. Aquí tenemos un ejemplo: hace algunos años estaba enseñando a un grupo de niños de 3 años. Ya habíamos visto

muchas palabras de lectura, entre las que se encontraban, por supuesto, los nombres de los niños. Pues bien, un día entramos a clase después de estar en el jardín, y los niños estaban sedientos. Teníamos en el salón una jarra de agua natural y muchos vasos azules de plástico, todos iguales, marcados en letras grandes con tinta permanente con el nombre de pila de cada niño. Yo le pedí a uno de los niños que tomara los vasos del estante y los repartiera a cada uno de sus compañeros para que pudiéramos servirles agua. Todos los vasos, recuerden, eran idénticos, azules, con letras negras. La única manera de saber de quién era cada vaso, era leyendo los nombres escritos en ellos. Y eso fue exactamente lo que mi pequeño alumno hizo.

Les enseñamos a los niños «Bits de inteligencia» –hablaremos de ellos más adelante–, que ilustran los trabajos de grandes pintores. Digamos que les hemos enseñado pinturas de Renoir, Van Gogh y Monet. Entonces, un día, entremezclamos los bits de estas pinturas y les pedimos a los niños que nos ayuden a clasificarlas por autor otra vez. Esto es mucho más divertido que solo preguntarles: «¿Cómo se llama esta pintura?». En algunas ocasiones, me gusta poner ahí una pintura que los niños no han visto, si bien es de un autor que ya conocen. No deja de sorprenderme la capacidad que los niños demuestran al reconocer el estilo en esa pintura y clasificarla correctamente.

Ahora, aterricemos esto. Supongamos que han leído ya nuestros libros y que quieren aplicar un programa en sus aulas. Veamos cómo podemos hacer que esto suceda.

En primer lugar, descarten la idea de poner un cartel afuera de su escuela que diga que llevan los programas Doman. Como hemos discutido antes, esto no sería cierto. Los verdaderos programas Doman son los que se llevan a cabo en la casa, en el hogar. Sé de muchas escuelas que se promocionan a sí mismas como «Escuelas Doman», pero eso no existe. Incluso hay personas que conducen cursos para padres, acerca de nuestros métodos. La mayoría de ellos nunca han estado en Filadelfia. Algunos de ellos quizás habrán tomado uno de nuestros cursos. Pero un seminario de una semana no los hace expertos. Muchos de estos cursos pseudos Doman presentan información desvirtuada. Esto nos perjudica en dos maneras: en primer lugar, las personas que asisten a esos cursos piensan que están recibiendo información de primera mano. No es así, pero ellos no lo saben. Están recibiendo una visión muchas veces distorsionada. Y cuando esos programas no funcionan, nos desacreditan. En segundo lugar, las personas que tomaron estos cursos no vendrán a nosotros, porque pensarán que ya lo hicieron. No obtendremos los resultados que deberíamos.

Entonces, ¿cómo puede hacerse bien? En primer lugar, intenten enlistar a las madres como aliadas. Anímenlas a leer los libros y hacer un programa en casa, no importa qué tan austero este pueda ser. Ustedes, como maestros, se verán beneficiados porque tendrán en su clase, niños que pueden aprender con facilidad. Su trabajo será más fácil y gozoso. ¿Alguna vez se han dicho «Cómo quisiera que todos mis alumnos fueran?», y pensamos aquí en nuestro mejor estudiante Bien, este es el primer paso para lograr ese sueño. Ahora, por supuesto, no todas las madres leerán el libro, e incluso no todas las que lo lean aplicarán un programa. Pero cualquier porcentaje de madres que lo hagan, es ganancia.

Si ustedes pretenden hacer algo del programa de lectura en sus aulas, no esperen obtener los mismos resultados que se presentan en nuestros libros. Ya hemos hablado de las desventajas del programa escolar en relación al programa casero. Sin embargo, hemos

probado que es mejor, mucho mejor, tener un programa escolar moderado, que no tenerlo. Sean realistas en lo que pueden lograr: cinco grupos de cinco palabras cada uno, presentados tres veces al día, además de las matemáticas, los bits, el desarrollo físico, la música, y todas esas cosas que animamos a las madres a hacer, quizá sean demasiado para apretar en una mañana de trabajo, especialmente si consideramos que cada escuela tiene además su propio currículo.

En lectura, por ejemplo, en nuestro colegio, nosotros trabajamos solo con un grupo de palabras, un grupo de frases y un cuento corto o poema cada semana. Los libros de Glenn Doman son lectura requerida para los padres y los maestros. A todas las madres se les pide que hagan un programa de lectura casero, que consiste en las mismas palabras que estamos trabajando en la escuela. Las animamos a que hagan aún más si pueden y quieren. En las aulas, hagan sus sesiones de lectura (y de matemáticas, conocimientos enciclopédicos, o de cualquier programa que estén haciendo) interesantes, divertidas, creativas, fuera de lo ordinario. Nunca sean mecánicos. Usen mucha música en su voz.

Cuando mi hijo mayor, Leonardo, era pequeño, hice una grabación casera de él y de su hermana haciendo el programa en casa. En este video, él tiene exactamente 3 años 10 meses, y su hermana, Ana Elisa, un 1 con 3 meses. Ahí podremos observar cómo se realiza el programa en casa, y cómo disfrutaban ellos con sus tarjetas de lectura y los bits de inteligencia, entre otras cosas.

Los bits de inteligencia ® son láminas elaboradas en cartón caple de 28X28 cm. Contienen ilustraciones de diez elementos relacionados en una sola categoría. Hay una gran variedad de cosas que podemos enseñar a los niños con el programa de conocimientos enciclopédicos, que usa este material. Ustedes pueden aprender más de este programa leyendo los libros *Cómo dar conocimientos enciclopédicos a su bebé*, o *Cómo multiplicar la inteligencia de su bebé*, ambos por Glenn y Janet Doman. En el video puede verse cómo usamos los bits para aprender sobre la cultura china. Otra cosa que puede notarse es cómo Leonardo ya comenzaba a escribir palabras. Es importante mencionar que en Los Institutos no enseñamos a leer y a escribir al mismo tiempo, como si fuera un solo proceso. Leer es una cosa, escribir es otra. Se necesita ser capaz de leer para poder escribir. Es como aprender a entender el lenguaje oral, y por otra parte, aprender a hablarlo. Ya sabemos que los bebés pueden entender el lenguaje mucho antes de que puedan articular palabras que nosotros podamos entender.

Ese fue un ejemplo de cómo funciona un programa casero. Ahora, veamos un ejemplo del programa aplicado en la escuela. En el video se puede observar a pequeños de 2 años –los más jóvenes de la escuela–. En este grupo, hablamos exclusivamente inglés con los bebés, así es que las palabras de lectura que les presentamos están también en este idioma. Por cierto, también utilizamos el programa de lectura en inglés con los niños mayores, los de Primaria. Ustedes saben que un problema común cuando queremos enseñar a leer en inglés a los niños mayores es que intentan leer las palabras como si estuvieran en español, y, por supuesto, no es así como funciona en inglés. Así es que usamos el programa de lectura para enseñarles. También lo utilizamos con los niños que ya saben leer, para mejorar su ortografía y velocidad lectora. Recordarán que hemos mencionado que les damos a los niños los hechos para que ellos deduzcan las leyes. Eso es lo que hacemos con la ortografía. En lugar de pedirles que memoricen las reglas ortográficas, y después esperar que las usen cuando escriban, les presentamos

cientos de palabras: los hechos. Pensemos en nosotros mismos: cuando tenemos una duda ortográfica, no repasamos en nuestra cabeza las reglas de ortografía para decidir cómo escribir alguna palabra. No: lo que hacemos es escribirla varias veces, de diferentes maneras, y entonces decidimos cuál se «ve mejor». ¿No hacen ustedes lo mismo? Bien, pues aunque los programas están diseñados para bebés, para niños entre los 0 y los 6 años, hemos visto que pueden aplicarse muy bien con niños mayores.

Ahora quiero hablarles de algo muy, muy importante. Todos los programas de los que hasta ahora hemos hablado, todos los libros que hasta ahora les hemos recomendado, se enfocan principalmente en el desarrollo del potencial de los niños sanos. Pero todos nuestros programas nacieron de los programas que hemos desarrollado para niños con lesión cerebral. Esta es una parte muy importante de nuestro trabajo. Miles de familias han llegado a nosotros de todos los continentes, buscando ayuda para sus niños con lesión. Es la parte más importante de nuestro trabajo porque de hecho estamos ayudando a estas familias a salvar la vida de sus hijos.

Ahora, cuando nosotros decimos «lesión cerebral», mucha gente se asusta. No entiendo por qué, pero es así. Muchas personas escuchan estas palabras y piensan en niños en coma, o con parálisis cerebral, autistas, o con Síndrome de Down. Por cierto, nosotros no llamamos a estos niños con las etiquetas que la comunidad médica les ha

asignado. Los llamamos por sus nombres y reconocemos que tienen una lesión cerebral. Trabajamos con sus familias todo el tiempo. Sus problemas son tan severos, que a nadie se le ocurriría cuestionar si tienen una lesión cerebral. Y, hablando generalmente, reciben toda la ayuda y el apoyo de su familia para mejorar.

Pero quiero hablar de otros niños, esos niños que estoy segura que ustedes han tenido en sus salones de clases. Incluso puedo asegurar que tienen por lo menos uno cada año. Son niños que hablan y caminan y que se han desarrollado moderadamente bien y que están en la escuela regular, pero, por alguna razón, hay algo que no está bien. Quizás es un niño que se cae con frecuencia, que es falto de coordinación, que es torpe. O puede ser una niña a la que le cuesta mucho tiempo y trabajo adquirir algún contenido académico, que sus compañeros comprendieron sin problemas. O el niño que no puede aprender a leer. Bien, el mundo también tiene etiquetas para estos niños. Los llaman hiperactivos, o disléxicos, o con problemas de aprendizaje, trastornos del desarrollo, o trastornos de déficit de atención. Pero nosotros los llamamos por sus nombres y reconocemos que ellos, también, tienen una lesión cerebral, solo que esta es leve.

El problema es que el resto del mundo puede ser que no lo reconozca. Los problemas de estos niños no son tan evidentes para el observador común, porque estos niños van a la escuela regular, caminan y hablan. Nadie culpa a un niño con parálisis cerebral por no caminar. Eso sería cruel. Todos saben que no puede caminar porque tiene una lesión cerebral. Pero culpamos a este otro niño por no leer. Creemos que es flojo. Creemos que no lo intenta con suficiente tesón. Sus problemas son lo suficientemente leves como para permitirle estar en la escuela regular, y casi pasar desapercibido entre los demás niños, pero suficientemente graves como para impedirle que avance al paso de sus compañeros. Esto es una tragedia, porque si nadie sabe que este niño tiene una lesión cerebral, nadie hará lo que se necesita para ayudarlo. Y hay muchas, muchas cosas que pueden hacerse. Hay una cura para la lesión cerebral. Y tenemos miles de familias para probarlo.

Ahora, veamos qué sucede con este niño en la escuela. Recuerden, nadie sabe que este niño tiene una lesión cerebral, porque, a pesar de sus problemas, es muy listo. Y por supuesto, todos piensan que uno no puede ser listo y al mismo tiempo tener una lesión cerebral. Pero eso es completamente falso. La lesión cerebral no evita que el niño sea inteligente. No tiene nada que ver con eso. Pero tiene todo que ver con limitar al niño en su capacidad para *demostrar* esa inteligencia.

Bien. Entonces, este niño comienza el ciclo escolar en alguno de los salones de ustedes. Les llevará algún tiempo a ustedes, unas semanas, intuir que hay algo que no va bien con él. Luego les llevará otro par de semanas confirmar que sí, en efecto, algo no va bien con este niño. Y después les llevará aún más semanas pensar en dónde están sus problemas y qué se puede hacer al respecto. Y no es que ustedes no sean buenas maestras, no, pero son, a fin de cuentas, humanas. Tienen muchos niños a su cargo. Entonces ustedes planean dedicarle más tiempo a este niño pero pasan los días, uno tras otro, y ustedes siguen pensando: quizá mañana. Hoy fue difícil. O quizás en verdad puedan pasar más tiempo con él, pero se dan cuenta de que no les es suficiente. Y de seguro, desearían poder hacer más. Hablan con su mamá y la perciben cansada. Ella sabe muy bien que algo anda mal, pero no sabe cómo resolverlo. Tiene ciertas reservas hacia la escuela y los maestros porque se da cuenta de que ellos tampoco tienen mucha idea sobre qué hacer. Así es que ella hace lo mejor que puede, lo que muy frecuentemente significa que lo lleva a un gran número

de terapias que producen pocos resultados, o al menos, resultados que sean significativos.

El año escolar continúa y muy pronto se termina. Con cierta incertidumbre, este niño es promovido al siguiente grado con la esperanza de que, de alguna manera, se ponga al corriente. El comienza el siguiente año escolar con una maestra que no lo conoce, y la misma historia se repite. Año tras año tras año. Aun si en algún momento es retenido en un grado. Su motivación disminuye y su frustración aumenta cada año. Ahora se ha convertido en un problema de disciplina. Puede ser que incluso sea expulsado de la escuela. De varias escuelas. Si se las arregla para terminar su educación formal, lo hará a pesar de sí mismo. El odiará todo lo que tenga que ver con la escuela y con aprender. Las probabilidades de que él caiga en la delincuencia son mayores. Y de obtener un buen trabajo, menores. Esta es la historia de muchos niños con una lesión cerebral leve sin diagnosticar. No la de todos, por supuesto, pero la de demasiados.

Pero si los padres de este niño saben que él tiene una lesión cerebral, y que hay una salida, una cura para la lesión, y si ellos hacen algo acerca de la situación, entonces las probabilidades están a su favor. Y es importante hacer notar que hablamos de «sus padres» porque esta es una labor demasiado titánica para el maestro. No estoy sugiriendo que si ustedes tienen un alumno como este niño, no hagan nada porque de cualquier forma no lograrán hacer una diferencia de todas formas. No, no, ustedes pueden hacer una diferencia. Pero es evidente que con tantos niños a su cargo, no podrán darle a este en particular, todo lo que él necesita. Nadie puede, excepto sus padres. Ellos lo aman más que nadie en el mundo. Ellos viven con él. Morirían por él. Y yo sé que hay muchos excelentes maestros en el mundo y que esta habitación está llena de ellos. Pero los maestros no viven con los niños, y aunque se desarrolla un cariño muy especial hacia los alumnos, difícilmente los amarán más que sus padres.

El programa que nosotros les enseñamos a los padres requiere tiempo. Mucho tiempo. No somos charlatanes. No les vamos a decir que le den una pildorita mágica, que usen la pomada maravillosa, y el problema se acaba. No. Les vamos a decir cuál es el problema de su hijo y qué puede hacerse al respecto. Algunas veces, los padres pueden incluso decidir sacar al niño de la escuela para hacer un programa intensivo de tratamiento. Otras familias se comprometerán con un programa menos ambicioso. Mientras más se dedique al programa, más rápidos y mejores serán los resultados. Pero esta es una decisión que solo los padres pueden hacer.

Ahora, ¿cómo podemos decirles a los padres que creemos que su hijo tiene lesión cerebral? Como dije antes, el término tiende a asustar a algunas personas. Pero, saben, los padres, y en especial las madres, muy en lo profundo ya lo saben. De cualquier forma, aconsejamos proceder con precaución. A fin de cuentas, estamos comunicando una corazonada, no un diagnóstico. Esto es lo que nosotros hacemos: Pedimos una entrevista con los padres. Les hablamos de las observaciones que hemos hecho. Procuramos ser lo más específicos posible. Entonces, amablemente sugiero que esta información podría indicar algún grado de *desorganización neurológica*. Este es un término muy cercano a lesión cerebral. Entonces continúo diciendo que hay ciertas cosas que muy específicamente se pueden hacer, y les doy un pequeño manual llamado *El camino hacia el bienestar*. Este resume nuestro trabajo en el último medio siglo. Para poderlo publicar en español, recibimos donativos de dos organizaciones: Cadena Promociones Inmobiliarias en México, y Fundación Orlandito en Puerto Rico. No tiene costo y es para las familias de niños con lesión cerebral. Es nuestro regalo al mundo.

Si percibo que la familia es receptiva, me acerco al término «lesión cerebral». Les digo que todo desorden neurológico, desde un problema leve de aprendizaje, es de hecho una lesión cerebral. Más tarde, si la familia se interesa por lo que lean en el manual, los animamos a que lean el libro *Qué hacer por su niño con lesión cerebral*. La mayoría de los padres comienzan a hacer un programa solo con el conocimiento adquirido a través de la lectura de este libro. Muchos de ellos se interesan entonces en avanzar al siguiente nivel, que es tomar el curso *Qué hacer por su niño con lesión cerebral*, para aprender cómo ayudar más a su hijo. Esta es la situación ideal, pero, de nuevo, es una decisión que solo corresponde a los padres. Ustedes pueden decirles que nos contacten si están interesados. Y sigan siendo un apoyo para ellos.

Resumiendo: si pudiéramos decir en unas cuantas palabras nuestro mensaje a ustedes, estas serían:

Escuchen a las madres. Crean en los niños. Hagan lo correcto. Enseñen con pasión.

BIBLIOGRAFÍA

Doman, G. (2004) *How to teach your baby to read*. Gentle Revolution Press.

Doman, G. Doman, J., & Aisen, S. (1984) *How to teach your baby encyclopedic knowledge*. Gentle Revolution Press.

Doman, G. (2001) *How to teach your baby math*. Gentle Revolution Press.

Doman, G. (1994) *How to multiply your baby's intelligence*. Gentle Revolution Press.

Doman, G.(2003) *What to do about your brain injured child*. Gentle Revolution Press.

Doman, G. Doman, D. & Hagy, B. (2001) *How to teach your baby to be physically superb*. Gentle Revolution Press.

Doman, J. (2006) *How smart is your baby?* Gentle Revolution Press

Doman, D. (2006) *How to teach your baby to swim*. Gentle Revolution Press.